



Art. 76. La dotación del rey se fijará al principio de cada reinado. Art. 77. La autoridad real será hereditaria. La sucesión en el trono seguirá el orden regular de primogenitura y representación, siendo preferida siempre la línea anterior á las posteriores; en la misma línea el grado mas próximo al mas remoto; en el mismo grado el varón á la hembra, y en el mismo sexo la persona de mas edad á la de menor.

título y el recuerdo histórico que encierra. El Sr. GIL VIRSEDA rectificó. El Sr. POSADA HERRERA rectificó también, estudiándose en consideración las historas acerca del título de príncipe de Asturias. Leído auevemente el art. 79 quedó aprobado. Se leyó el art. 80, que decía: «Art. 80. Las Cortes escluirán de la sucesión á aquellas personas que sean incapaces para gobernar ó hayan hecho cosa por que merezcan perder el derecho á la corona.»

El Sr. SALMERON retiró sin discusión una enmienda que dice que hasta que las Cortes nombren la regencia, será gobernado el reino provisionalmente por el padre ó en su defecto por la madre del rey, y en su defecto por la comisión perteneciente de Cortes. Se abrió discusión sobre el artículo. El Sr. SALAZAR y M. ZARREDO habló en contra diciendo que sería conveniente que en vez de dejar el país al gobierno de la rija mientras la regencia se nombra el presidente del Senado ú otro alto dignatario que sea independiente del Consejo de ministros.

nes de las Cortes los ministros que no pertenecían á uno de los cuerpos colegisladores. Art. 89. Los ministros son responsables ante las Cortes de los delitos que cometan en el ejercicio de sus funciones. Al Congreso corresponde acusarlos y al Senado juzgarlos. Las leyes designarán los casos de responsabilidad de los ministros, las penas á que estén sujetos y el modo de proceder contra ellos.

país no pudiera decirse cuando se encontrara á un hombre en la calle: «ese puede decidir de mi vida y honra y yo no puedo disponer de la suya.» Leída nuevamente la enmienda y puesta á votación fué desechada. El Sr. GUSNEROS manifestó que retiraba una enmienda suya al art. 93. El Sr. RODRIGUEZ SEQANE manifestó que retiraba una enmienda del señor Salmeron, pero que des-aba que en vez de decir «ese establecerá se dijera «ese establecerá» porque «esto sería muy conveniente para disipar el recelo de que no se establezca desde luego esa institución, como ya ha sucedido en otras ocasiones.»

de tí durante veinticuatro horas, pero esta separación será la última. —Padre mio!... —Escucha: ¿quieres interés en vivir en Paris? —No, si vos lo abandonáis. —Pues bien, tal vez partiremos; mañana lo sabrás, vendré á comer contigo. El coronel conservó la villa de posta y se hizo conducir á la calle de Holder, donde le esperaban muchas cartas. Ocho días antes, es decir, al llegar á Marsella, el coronel había escrito á los miembros de la sociedad que él había fundado, la siguiente circular: Querido: Os espero en mi casa, en Paris, calle de Holder, el 16 del mes corriente, á las ocho de la noche. Prevenida con una palabra de vuestra presencia. CORONEL LEON. Cuatro de los compañeros de la Espada habían contestado al llamamiento, pero el coronel no encontró noticias ni de Gontran ni del caballero de Asti.

papeles que clasificó con un orden escrupuloso. Aquellos papeles divididos en cinco paquetes atados y sellados, tenían un rótulo: Legajo del caballero ó del vizconde, ó del capitán fulano. Cada miembro de la sociedad de la Espada tenia su legajo en las manos del coronel. El de Gontran faltaba solamente. Se oyó un caparillazo. El coronel volvió á colocar los diferentes legajos en el cajón de la mesa sobre la cual los tenia esparcidos. Lueg metió las pistolas montadas en los anchos bolsillos de su pantalón y se volvió á sentar al fuego. La puerta se abrió. Hector Lemblin entró. —Bienvenido, coronel,—dijo al entrar,—que soy de una obediencia completamente militar á nuestra sociedad. Acabo de llegar de Africa. —Muy bien!—dijo el coronel. —Y yo vengo de Montgory,—dijo otra voz desde el umbral de la puerta. Era Emmanuel Chathamel, marqués de Flars-Montgory, que hacia su aparición y llegaba á la cita con una puntual exactitud. —¡Gracias! marqués. Santos. —¡Pardiez! coronel,—dijo una nueva voz, alegre como la de un hombre recientemente millonario, ya comenzaba á creerlos muertos.

magistrado holandés le escribía desde la Haya que un oficial de marina, gravemente herido en desafío, y á punto de entregar su alma á Dios, le hacia escribirle apresuradamente al vizconde de Renneville, para confiarle su testamento. Ya no habia duda, el primo habia succumbido bajo los golpes de la asociación. El señor de Renneville no se acordó ya de la desaparición del caballero, ni de Gontran finado. Pidió caballos de posta y partió. Cuando llegó, el marino estaba muerto y enterrado. En su testamento, instituyó heredero universal de su gran fortuna al vizconde su único pariente. Este último quiso saber entonces por quién habia sido muerto su primo. Le contestaron que por otro oficial de marina, sirviendo como él á bordo del mismo buque. —¡Vaya una cosa extraña!—pensó,—la casualidad ha reemplazado á la sociedad. Se diria que la fortuna, al vernos atajados, ha acudido en nuestro socorro. Y, en efecto, era bien la casualidad la que habia hecho que los dos oficiales se trabasen de palabras y se batiesen. El caballero no habia influido en lo mas minimo. A su vuelta á Paris, el Sr. de Renneville se habia ocupado de nuevo de la desaparición del señor de Asti, y no pudo recoger dato alguno; entonces habia escrito á la señora de Asti, en otro tiempo la señorita Margarita de Pons. Margarita no tenia noticia ninguna de su marido y le hacia buscar por todas partes. El señor de Renneville comenzó á sospechar la verdad. —De Asti y Gontran se han batido,—pensó,—y se habrán hecho un flaco servicio. El vizconde, al encontrarse con el coronel le contó lo que habia ocurrido, y este último iba á jurar, como él, que el señor de Asti habia muerto, cuando la puerta se abrió de repente y los dos dieron un grito. Sobre el umbral acababa de aparecerse un hombre vestido de negro, pálido y sosteniéndose apenas, pero los ojos brillantes con un fuego sombrío. —¡Era el caballero! —¡Pardiez!—esclamó el coronel,—¿veis vos ó vuestra sombra? —Soy yo. —¿No os habeis batido?

El Sr. OLOZAGA contestó que la comisión no podia admitir la enmienda. La cáma á no la tomó en consideración y se aprobó el artículo 78. Se leyó otro artículo que dice: Art. 79. Cuando falleciere el rey, el nuevo rey jurará guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes, del mismo modo y en los mismos términos que las Cortes decretan para el primero que ocupe el trono conforme á la Constitución. Igual juramento prestará el príncipe de Asturias cuando cumpla 18 años. Se leyó la siguiente enmienda al artículo anterior: «Pedimos á las Cortes que al fin del artículo 79 del proyecto de Constitución se sirvan adicionar las palabras siguientes: «Siu que antes de haber prestado este juramento y ser reconocido por las Cortes pueda usar el título de rey, ni ejercer acto alguno propio de la potestad real. Palacio de las Cortes á 3 de abril de 1860.—José Abascal.—Victor Balaguer.—Feliciano Herreros de Tejada.—Francisco Carratalá.—Luis de Molini.—Manuel de Llano y Páris.—Ignacio Rojo Arias.» El Sr. BALAGUER la apoyó. El señor marqués de la VEGA DE ARMILLO manifestó, en nombre de la comisión, que no se podia admitir la enmienda, porque ocasionaria interregnos que es necesario evitar. Se desechó la enmienda. El Sr. GIL VIRSEDA habló en contra del artículo, pretendiendo que se quite al heredero el título de príncipe de Asturias. El Sr. POSADA HERRERA habló en pro para demostrar la importancia del

EL PACTO DE SANGRE. 215 he estado como muerto. Y el caballero contó que, herido el primero en su horrible desafío, habia quejado tendido en el suelo de la callejuela y sin conocimiento, durante muchas horas, y que los traperos le habian recogido y llevado á su casa. Allí habia recibido los primeros cuidados de un cirujano llamado precipitadamente. Aquel dia no llevaba consigo papel alguno que pudiera hacer reconocer su identidad, y como si se hubiese apoderado de él una calentura ardiente, seguida de delirio, y se hallase en la imposibilidad de dar indicio alguno sobre su nombre y su morada, le habian trasportado á un hospital. Durante seis semanas habia luchado entre la vida y la muerte, y el mismo misterio habia continuado envolviéndole á los ojos de todo el mundo; despues, cuando recobró el sentido, habia juzgado prudente atribuir su situación á una tentativa de asesinato, y habia concluido por indicar el apeadero que conservaba en Paris desde su casamiento. Un desafío á puñaladas era tan poco probable, que habian creído al caballero; y que hasta un comisario de policía se habia entregado sobre este crimen á minuciosas investigaciones que, como se piensa, habian quedado sin resultado. —Ahora,—dijo el caballero terminando su relato,—ya estoy en pie, y me apresuro, coronel, á acudir á vuestro llamamiento. ¿De qué se trata? El baron de Mort-Dieu entraba en aquel momento, de suerte que, comprendido el coronel, los seis socios vivos se encontraban reunidas. —Señores,—dijo entonces el coronel,—os he reunido para que examinemos los trabajos de nuestra sociedad y los resultados que ha obtenido. Y volviéndose hacia Hector Lemblin: —Vos,—dijo,—érais capitán, desertor, sin fortuna, y en la horrible alternativa de ser degradado ó de poner fin á vuestros dias. La sociedad os ha desembarazado del solo hombre que pudiese atestiguar vuestra deshonra, ella os ha hecho el esposo feliz de su mujer, que vos amabais, y gracias á ese matrimonio, ¿estais contento? —Sí,—contestó Lemblin. —Asi, ¿no tenéis ya nada que pedir á nuestra asociación? —Nada absolutamente.



